

volver a ésta, lo que le lleva a usar la lengua de forma actualizada y adecuada a la realidad social que trata. Y en esa preocupación por el uso y el valor de la palabra se revela la fuerza ética de lo que la autora llama el discurso crítico, entendiendo ética aquí como la necesidad por parte del intelectual de encontrar una coherencia entre su palabra y su acción.

Ismael Viñas. Ideografía de un mestizo ofrece un penetrante estudio sobre el papel que han desempeñado los intelectuales de izquierda en los procesos históricos de la Argentina del último siglo. Más allá de posicionamientos ideológicos y de anécdotas biográficas, la autora consigue abrir camino hacia la reflexión sociológica, interpretando la actividad intelectual del ideografiado a partir de las corrientes culturales que han ido conformando desde el siglo XV los discursos y las prácticas políticas en América Latina.

Rocío Serrano Cañas

El lenguaje silbado y otros estudios de idiomas, Juan A. Hasler, Cali: Universidad del Valle, 2005, 444 pp.

Hasler es un lingüista mexicano de origen alemán y lengua materna alemana; en sus escritos se observan algunas interferencias con el alemán (sin desmedro del

muy alto nivel alcanzado por él en el castellano culto). Por sus estudios sería más bien antropólogo, pero desde muy temprano se especializó en lingüística, particularmente en etnolingüística. Desde 1969 reside en Colombia, donde ha sido, hasta su jubilación, profesor titular de la institución editora. La misma universidad ha editado, en versión corregida, la obra principal de Hasler, que es la dedicada a la fonética y la fonología (fonemática, como él prefiere llamarla); se trata de páginas brillantes por su orientación didáctica, la inteligencia de los ejercicios propuestos y la base eminentemente empírica (trabajo de campo en una serie de lenguas amerindias).

El presente libro es una compilación de trabajos anteriores, algunos publicados y otros inéditos. El que da el título al libro es fruto de la observación y el estudio de un lenguaje silbado en varios lugares de México, por ejemplo en la Huasteca, en pueblos indígenas de diferentes lenguas, pero sin que se dé entre las mujeres. El análisis geográfico y fonético permite a Hasler suponer que este tipo de lenguaje «fue el invento de montañeses portadores de un idioma tonal» (22), aunque haya pasado también a pueblos de lenguas no tonales. Toma en consideración también el lenguaje silbado de la isla Gomera (Canarias)

y el hecho de que los guanches eran un grupo camítico de raza blanca; en el África negra hay lenguas tonales y lenguaje silbado, y podría haberse dado antiguamente una relación entre ambos grupos raciales.

Ya en ese primer trabajo hallamos abundantes erratas, al igual que en el resto del libro, aunque no estorben mucho la lectura. En el segundo y tercer trabajos sale a relucir otra característica de Hasler: el sarcasmo, por ejemplo cuando llama «neocastellano pampeano» al castellano argentino (39 n) y «vomitivo lenguaje Engeldeutsch» al de los periodistas alemanes con gustos anglicistas (42 n); en otros casos recurre simplemente al humor, por ejemplo al tratar de la «pereza articuladora» (49) de los chilenos, por aquello del *sáao* «sábado» y la clase *chaajaora* «trabajadora». Mucho más importante es su constatación de que el habla chilena capitalina contiene muy pocos mapuchismos pero numerosos quechuisms (trabajo 3) y la denuncia del mal uso de la preposición *a* (trabajo 6). En todos los casos impresiona la cantidad de datos recopilados por él mismo en distintos países, regiones y clases sociales.

Impresionantes son, asimismo, las similitudes de zoónimos que halla Hasler entre el quichua

meridional (chaqueño) y algunas lenguas mexicanas, como quichua *ašqu* y tepehua *šq'u* para «perro», o *šiši* y *k'išiši* respectivamente para «hormiga» (91); más ejemplos en el trabajo 14 (199), ampliados con otros del totonaco, y en el 18 (274 s) con otros del tarasco, del maya y del popoluca. Y con esto llegamos a otro plato fuerte de la compilación: el estudio de los dialectos totonacos (trabajos 13 y 14), con el caso especial del tepehua (trabajo 15), panorama completado con una introducción a la dialectología nahua (trabajo 16) y reconstrucciones matlatzincacuultecas (trabajo 17).

Siguen varios escritos sobre lenguas amerindias meridionales: uno sobre topónimos mapuches (trabajo 19) y varios sobre el quechua (trabajo 20 que complementa el 3, más 21 sobre los dialectos y 22 sobre el quichua meridional). Una curiosidad en el conjunto es el vocabulario etimológico de los gitanos viajes bolocok (trabajo 23). Prescindiendo de las ocho reseñas M final M libro, los trabajos de investigación terminan con un grupo de escritos relativos a la fonética y su transcripción. Buena parte de ello ya estaba publicado en otras partes, incluidos los libros mencionados al comienzo, pero el especialista tendrá el placer de poder leer ahora el total en

una sola obra más accesible, elogiabile labor editorial (si prescindimos de las erratas no suprimidas) de la Universidad del Valle.

Agustín Seguí

Adiós, Hemingway, *Leonardo Padura, Tusquets, Barcelona, 2006, 190 pp.*

Leonardo Padura (La Habana, 1955), practica un tipo de novela neopolicial, urbana, crítica y con un intenso fondo social que busca escudriñar la sociedad a partir de un crimen ya que es éste un género que al colocarnos en el lado más oscuro de la sociedad permite dejar testimonio de lo que ha sido y es la realidad cubana. Al no haber en la isla un periodismo que refleje las contradicciones sociales, este uso que hace Padura de un género de larga tradición, reviste especial interés. Por otro lado, el escritor confiesa que lo que hace es una utilización del género policial más que una escritura del género. Es decir, emplea recursos, formas y estructuras de la novela policiaca.

Adiós Hemingway –nueva edición de un texto publicado en el año 2001–, además de ser una novela escrita por encargo de una

editorial brasileña que pidió a Padura participar en una serie de novelas escritas por diferentes autores llamada *Literatura o muerte* –está protagonizada por el desencantado policía Mario Conde que ha tomado la determinación de abandonar el cuerpo para dedicarse a la compra-venta de libros– un oficio que se puso de moda en la Cuba postsoviética y que, además, se aviene muy bien con el personaje y su pasión por la literatura–. A partir de la reinterpretación de la biografía de Hemingway y de la aparición de un cadáver asesinado entre 1957 y 1960 en la casa habanera que poseyó el escritor norteamericano, el autor de *Paisaje de otoño*, se centrará no en quién cometió el crimen sino en por qué alguien mata a otro.

No hay duda de que el hecho de que Leonardo Padura haya practicado con anterioridad la reinterpretación biográfica, concretamente la del escritor José María Heredia en *La novela de mi vida* o la de Virgilio Piñera en *Máscaras*, le han ayudado a encontrar los instrumentos necesarios para la investigación, en este caso, de un mito complejo que se construyó en vida su propia biografía épica, hacia el que el personaje central tiene sentimientos encontrados: admiración como escritor y rechazo como

persona por su prepotencia, egoísmo, violencia, por su incompreensión hacia Cuba a pesar de que vivió en La Habana más de 20 años, por su vanidad, machismo e incapacidad para reconciliarse consigo mismo. Padura humaniza la figura de Hemingway al centrarse en un Hemingway enfermo, cansado y envejecido prematuramente que ya no puede beber, cazar ni, casi, escribir. Le interesan sus miedos y obsesiones. Conde quiere aprovechar la investigación para conocer mejor a Hemingway y así entender su suicidio. A este policía, que es un borracho, pero no un hombre corrupto y que no está con el poder y el orden, le impulsará, la fascinación romántica que siente hacia La Habana de los años 50. Hay una ficción absoluta respecto a lo que ocurrió la noche del 2 al 3 de octubre de 1958, así como de lo que fue la realidad de Hemingway en aquellos momentos.

La agilidad estilística, la capacidad para inquietar a partir de objetos, así como para sugerir el infierno interior que estaba padeciendo el autor de *El viejo y el mar* en los días previos a su muerte, funcionan con la misma eficacia que novelas anteriores y justifican que Leonardo Padura obtuviera el premio Hammett a pesar de que el escritor cubano use el género «falsamente».

La hora azul, Alonso Cueto, Anagrama, Barcelona, 2005, 303 pp.

Alonso Cueto, (Lima, 1954), se centra, de nuevo, en esta novela en la inmediatez histórica peruana más conflictiva: la guerra contra Sendero Luminoso en los años 90. De nuevo, también, hay una historia real que le contó el escritor peruano Ricardo Uceda, sobre un militar asesino que se encapricha de una de las mujeres que tortura y viola durante la época mencionada y acaba enamorándose de ella. Impresionado por el relato, el autor de *El tigre blanco*, decide trasladarse al lugar de los hechos con el fin de investigar, documentarse, hablar con los sobrevivientes y fotografiar los lugares. Lo que destaca en esta novela es la habilidad con la que está construido el abogado Ormache que, a raíz del fallecimiento de su padre y el contacto con su hermano Rubén, descubrirá que aquél estuvo a cargo de un cuartel y era el encargado de ordenar las torturas y violaciones a las prisioneras bajo su cargo. El descubrimiento, buscado por el protagonista hasta las últimas consecuencias, del sórdido pasado paterno, así como la incompreensión de la irracionalidad gratuita, desmoronará las convicciones de este abogado asentado en una dulce y sofisticada monotonía y en una existencia